

LIBRO SEGUNDO

CORINA EN EL CAPITOLIO

CAPITULO I

Oswaldo se despertó en Roma. Un sol brillante, un sol de Italia, hirió sus primeras miradas, y su alma se llenó de un sentimiento de amor y de gratitud al cielo, que parecia se manifestaba con aquellos hermosos rayos. Oyó resonar las campanas de las numerosas iglesias de la ciudad, y anunciaron de tiempo en tiempo los cañonazos una gran solemnidad : preguntó la causa, y le contestaron que aquella misma mañana debian coronar en el Capitolio á la mujer mas famosa de Italia, á Corina, poetisa, escritora, improvisadora, y una de las mas hermosas criaturas de Roma : hizo algunas pregun-

tas sobre aquella ceremonia consagrada por los nombres de Petrarca y del Taso, y todas las contestaciones movieron violentamente su curiosidad.

No habia por cierto cosa alguna mas opuesta á los hábitos y á las opiniones de un Inglés que tan grande publicidad del destino de una mujer; pero el entusiasmo que inspiran á los Italianos todos los talentos de la imaginacion, se comunica, á lo ménos momentáneamente, á los extranjeros; y cada uno olvida hasta las preocupaciones de su país, en el seno de una nacion tan viva en la expresion de los sentimientos que la agitan. La gente vulgar conoce en Roma las artes, raciocina con gusto acerca de las estatuas; las pinturas, los monumentos, las antigüedades, y el mérito literario en cierto grado, son para ella un interes nacional.

Salió Oswaldo hácia la plaza pública, donde oyó hablar de Corina, de su habilidad, y de su genio. Habian adornado las calles por donde debia pasar; y el pueblo que por lo regular no se junta sino en pos de las riquezas ó del poder, murmuraba allí agitándose por ver una persona distinguida únicamente por su entendimiento. En el estado actual de los Italianos, la gloria de las bellas artes es la única á que se les permite aspirar; y conocen el genio en esta materia con un sentimiento tan vivo, que debiera hacer nacer muchos grandes hombres, si bastase el aplauso para producirlos, ó si para mantener al pensamiento, solo se necesitase de una vida

vigorosa, grandes intereses, y una existencia independiente de todos.

Paseábase Osvaldo por las calles de Roma, esperando la llegada de Corina : á cada instante pronunciaban su nombre, y contaban algun rasgo suyo que indicaba la reunion de todas las gracias que cautivan la imaginacion : uno decia que su voz era la mas suave de Italia, otro que nadie representaba como ella la tragedia, otro que danzaba como una ninfa, y dibujada con tanta gracia como invencion; todos decian que jamas se habian escrito ni improvisado tan hermosos versos, y que en la conversacion habitual tenia, ora una gracia, ora una elocuencia que encantaba todos los ánimos. Disputaban cuál ciudad de Italia le habia dado nacimiento; pero los Romanos defendian con empeño que solo siendo de Roma podia hablar el italiano con tanta pureza. Ignorábase el nombre de su familia : su primera obra se habia publicado hacia cinco años, sin mas nombre que Corina : nadie sabia dónde habia vivido, ni qué habia sido ántes ; ahora tenia, poco mas ó ménos, veinte y seis anos. Aquel misterio, y aquella publicidad juntamente, aquella mujer de quien todos hablaban, y cuyo nombre verdadero nadie sabia, parecieron á lord Nelvil una de las maravillas del país singular que venia á ver. Hubiera juzgado muy severamente á tal mujer, si la hubiese visto en Inglaterra; pero no aplicaba á Italia ninguno de los respetos sociales; y la corona-

cion de Corina le inspiraba anticipadamente el interes que causaria una aventura del Ariosto.

Una música hermosísima y brillante precedió á la llegada de la marcha triunfal; y cualquier suceso anunciado por la música causa siempre cierta conmocion : el carro donde iba Corina llevaba delante muchos señores romanos, y algunos extranjeros. — *Esa es la comitiva de sus admiradores*, dijo un Romano. *Sí*, respondió el otro, *admite el incienso de todos; pero á nadie concede una preferencia decidida; es rica, independiente; y aun se cree, y en verdad tiene presencia de ello, que es una mujer de ilustre nacimiento, que no quiere ser conocida*, — *De todas maneras*, repuso otro tercero, *es una deidad rodeada de nubes*. Miró Osvaldo al hombre que hablaba así, y todo manifestaba en él la clase mas oscura de la sociedad; pero en el mediodia se usan tan naturalmente las expresiones mas poéticas que parece se respiran en el aire, ó las inspira el sol con sus rayos.

Abriéronse al fin camino por entre el túnel los cuatro caballos blancos que tiraban del carro de Corina : ella iba sentada en aquel carro construido á la antigua, y á su lado caminaban jóvenes vestidas de blanco. Por donde quiera que pasaba, le arrojaban en gran copia esencias por el aire; todos se asomaban á las ventanas por verla pasar, adornándolas por de fuera con vasos de flores, y tapices de grana; todos gritaban : *¡ viva Corina! ¡ viva el ge-*

nio! ; viva la beldad! La conmocion era general; pero lord Nelvil no participaba de ella todavia; y aunque habia pensado que era forzoso, para juzgar de cuanto veia, dejar la reserva de Inglaterra, y las burlas francesas, no se entregaba á aquella fiesta, cuando por fin se mostró Corina.

Estaba vestida como la Sibila del Dominiquino, con un shal de Indias revuelto en torno de la cabeza, y mezclados con él sus cabellos negros como el azabache: su ropaje era blanco, una vestidura azul rodeaba su seno, uniéndose mas abajo de él; y todo su traje era pintoresco, sin separarse tanto del uso, que pudiese notarse de afectacion. Su ademan sobre el carro era noble y modesto; bien se advertia que le agradaba ser admirada; pero confundíase con su alegría un sentimiento de timidez que pedía, al parecer, perdon de un triunfo; la expresion de su semblante, de sus ojos, de su sonrisa, interesaba en su favor, y su primera mirada hizo á lord Nelvil su amigo, aun ántes que le subyugase una impresion mas viva. Sus brazos eran hermosos en extremo; su estatura alta, mas algo viril, al modo de las estatuas griegas, caracterizaba enérgicamente la juventud y la felicidad; sumirar tenia cierto aire de inspirado. Velase, en su manera de saludar y de dar gracias por los aplausos que recibia, una especie de naturalidad que realizaba el esplendor de la situacion extraordinaria en que se hallaba, y daba al propio tiempo la idea de una sacerdotisa de Apolo, ade-

lantándose hácia el templo del Sol, y la de una mujer sencillísima en las relaciones habituales de la vida; en fin, todos sus movimientos tenian un atractivo que excitaba interes y curiosidad, afecto y admiracion.

Iba creciendo la del pueblo continuamente, á proporcion que ella se acercaba al Capitolio, á aquel sitio tan fecundo en recuerdos; y aquel hermoso cielo, aquellos Romanos tan entusiastas, y especialmente Corina, electrizaban la imaginacion de Osvaldo. Habia visto en su patria á los hombres grandes del Estado llevados por el pueblo en triunfo; pero esta era la primera vez que presenciaba los honores de una mujer solamente famosa por los dones del ingenio: su carro de victoria á nadie costaba lágrimas, y ningun sentimiento, ningun temor impedían admirar los presentes mas bellos de la naturaleza, la fantasia, el sentir, y el pensar.

Estaba Osvaldo tan absorto en sus reflexiones, y le ocupaban tan nuevas ideas, que no observó los lugares antiguos y célebres que atravesaba con su carro Corina: paró al pié de la escalera que va al Capitolio, y en aquel punto se precipitaron todos los amigos de Corina para ofrecerle la mano. Escogió la del príncipe de Castel-Forte, gran señor de Roma, el mas apreciado por su talento y por su carácter; todos aprobaron la eleccion de Corina; y ella subió aquella escalera del Capitolio, cuya majestad augusta recibia al parecer con agrado la

planta ligera de una mujer. Rompió en nuevo estruendo la música al llegar Corina, resonó el cañon y la Sibila triunfante entró en el alcázar preparado para recibirla.

En el extremo de la sala, donde fué admitida, se hallaban colocados el senador que debia coronarla, y los conservadores del senado; á una parte todos los cardenales, y las señoras mas distinguidas; al lado opuesto los literatos de la academia de Roma; y en el otro extremo, ocupaba la sala el inmenso tropel que venia en pos de Corina. La silla señalada para ella estaba encima de una grada inferior á la del senador; y Corina debia, segun la costumbre, ántes de sentarse en presencia de tan augusto congreso, doblar una rodilla en el primer escalon. Hizolo con tanta nobleza y recato, con tanta dulzura y dignidad, que lord Nelvil sintió en aquel instante bañados de lágrimas sus ojos, y se admiró en sí mismo de tanto enternecimiento; pero en medio de todo aquel esplendor, de todas aquellas glorias, le pareció que Corina habia implorado, con sus miradas, la proteccion de un amigo; proteccion siempre precisa para una mujer por elevada que sea; y pensaba entre sí cuán agradable seria servir de apoyo á aquella que solo necesitaba de él por su sensibilidad.

Luego que se sentó Corina, empezaron á leer sus sonetos los poetas romanos, y despues las odas que habian compuesto para ella: todos la exaltaban

hasta los cielos; mas dábanle loores que no la caracterizaban mas que á otra mujer de un genio superior; eran un conjunto agradable de imágenes y de alusiones á la mitología, que desde Safo hasta nuestros dias hubiera podido dirigirse de siglo en siglo á todas las mujeres ilustres por sus talentos literarios.

Ya mortificaba á lord Nelvil aquel modo de alabar á Corina; ya le parecia que solo mirándola hubiera hecho al instante un retrato de ella mas parecido, mas justo, mas circunstanciado; por fin, un retrato que no pudiese ser de nadie mas que de Corina.

CAPITULO II

El príncipe de Castel-Forte tomó la palabra, y lo que dijo de Corina llamó la atencion de todos los presentes. Era un hombre de cincuenta años que tenia en su hablar y en su semblante gran pausa y nobleza: su edad y la certidumbre que habian dado á lord Nelvil de que únicamente era amigo de Corina, le inspiraron un interes sin mezcla en favor del retrato que hizo de ella: á no tener tales fundamentos para estar seguro, hubiera sentido Osvaldo un movimiento confuso de celos.

El príncipe de Castel-Forte leyó algunas páginas

en prosa, sin presuncion; pero singularmente oportunas para hacer conocer á Corina: indicó primero el mérito particular de sus obras; dijo que su mérito consistia en parte en el estudio profundo que habia hecho de las literaturas extranjeras: sabia unir en el grado mas alto la imaginacion, las pinturas, la vida brillante del mediodía, y aquel conocimiento, aquella observacion del corazon humano que parece patrimonio de los países donde excitan ménos el interes los objetos exteriores.

Ponderó la gracia y la alegría de Corina, aquella alegría nada parecida á la irrision, y solo dependiente del talento y de la frescura de la fantasia; probó á alabar su sensibilidad; pero fácilmente podia adivinarse que se mezclaba con lo que decia un sentimiento personal. Quejóse de la dificultad que encontraba una mujer superior en hallar el objeto, cuya imágen ideal tenia en su mente, revestida de todos los dones que pueden desear el genio y el corazon: luego pintó con embeleso la sensibilidad apasionada que inspiraba la poesia de Corina, y el arte con que descubria tiernas semejanzas entre las bellezas de la naturaleza, y las impresiones mas intimas del alma: observó la originalidad de las expresiones de Corina, de aquellas expresiones nacidas todas de su carácter, y de su modo de sentir, sin que jamas la señal mas leve de afectacion pudiese alterar una especie de encanto, no solo natural, sino involuntario.

Habló de su elocuencia como de una fuerza omnipotente que debia arrebatarse mas á los que la escuchaban, cuanto ellos mismos tuviesen mas talento verdadero, y mas verdadera sensibilidad. « Corina, dijo, es sin duda la mujer mas célebre de nuestra patria, y no obstante, solo sus amigos pueden pintarla; porque las prendas del alma, cuando son sinceras necesitan siempre adivinarse: el esplendor como la oscuridad puede estorbar para conocerlas, si no ayuda á descubrirlas alguna simpatía. » Se extendió sobre su habilidad de improvisar, diferente de todo cuanto hasta entónces se habia llamado así en Italia. « No debe atribuirse, dijo, solamente á la fecundidad de su ingenio, sino á la conmocion profunda que excitan en ella todos los pensamientos generosos: no puede pronunciar una palabra que los recuerde, sin que la anime y la inspire el manantial inagotable de los sentimientos y de las ideas, el entusiasmo. » El príncipe de Castel-Forte hizo tambien advertir el poder de un estilo siempre puro, y siempre armonioso. « La poesia de Corina, añadió, es una melodía intelectual, capaz sola de expresar el hechizo de las impresiones mas fugaces y mas delicadas. »

Elogió la conversacion de Corina, y conociase que habia disfrutado de sus delicias. « La imaginacion y la sencillez, la exactitud y la exaltacion, la fuerza y la dulzura se reunen, decia, en una misma persona, para variar á cada instante todos los pla-

ceres del ánimo : puede aplicársele aquel hermoso verso de Petrarca :

Il parlar che nell' anima si sente (1).

y presumo que posee alguna parte de la gracia tan celebrada, del encanto oriental que los antiguos atribuian á Cleopatra. »

« Los sitios que he recorrido con ella, añadió el príncipe de Castel-Forte, la música que oímos juntos, las pinturas que me ha mostrado, los libros que me ha hecho entender, componen el universo de mi fantasía. En todos estos objetos hay una centella de su vida ; y si me viera forzado á existir léjos de ella, quisiera á lo ménos que me rodeasen, seguro de no hallar en ninguna otra parte aquel rastro de fuego, aquel rastro suyo, por fin, que en ellos está impreso. Sí, continuó (y en aquel momento puso por casualidad la vista en Osvaldo), ved á Corina, si podeis pasar con ella vuestra vida, si la doble existencia que os dará puede estar segura para vos por mucho tiempo ; no la veais, empero, si habeis de dejarla forzosamente : buscaríais en vano, miéntras vivié- seis, esa alma creadora, que participaba de vuestros sentimientos, multiplicándolos á par de vuestras ideas ; jamas lograríais hallarla. »

Osvaldo se inmutó á estas palabras ; fijáronse sus ojos en Corina, que las escuchaba con una inquie-

(1) El hablar que se siente dentro del alma.

tud no nacida del amor propio, sino dimanada de sentimientos mas amables y mas tiernos. El príncipe de Castel-Forte prosiguió su discurso, que le habia hecho interrumpir un instante de enternecimiento ; habló del talento de Corina para la pintura, para la música, para la declamacion, y para la danza ; dijo que en todas estas gracias era siempre Corina, no atendida á tal manera, á tal regla, sino expresando en idiomas variados el mismo poder de fantasía, el mismo encanto de las bellas artes en sus formas diferentes.

» No me lisonjeo, dijo acabando el príncipe de Castel-Forte, de haber podido pintar á una criatura, de quien es imposible tener idea sin haberla oido ; pero su presencia es en Roma como uno de los beneficios de nuestro brillante cielo, de nuestra naturaleza inspirada. Corina es el lazo comun de sus amigos ; el movimiento y el interes de nuestra vida ; contamos con su bondad, nos gloriamos de su genio, decimos á los extranjeros : miradla ; ella es la imágen de nuestra hermosa Italia ; es lo que fuéramos nosotros sin la ignorancia, la envidia, la discordia y la indolencia á que nuestra suerte nos ha condenado ; gozamos en contemplarla, como una produccion admirable de nuestro clima, de nuestras bellas artes, como una profecía de lo venidero ; y cuando los extranjeros insultan á este país de donde salieron las luces que han ilustrado á la Europa ; cuando se muestran impíos con nuestros errores, nacidos de

nuestras desgracias, les decimos : mirad á Corina ; si seguiríamos sus huellas, seríamos hombres como ella es mujer, si los hombres pudieran crearse un mundo en su propio corazon, y si nuestro genio, dependiente de las relaciones sociales, de las circunstancias exteriores, pudiese encenderse todo á la antorcha sola de la poesía. »

En el momento que cesó de hablar el príncipe de Castel-Forte, resonaron unánimes aplausos ; y aunque el fin de su discurso encerraba una censura indirecta del estado actual de los Italianos, le aprobaron todos los grandes ; tan cierto es que en Italia se halla aquella especie de propension que no conduce á mudar las instituciones, pero hace perdonar, en los talentos superiores, una oposicion tranquila á las preocupaciones existentes.

Era grande en Roma la reputacion del príncipe de Castel-Forte, hablaba con rara sagacidad, y este era don particular en un país, donde se usa mas del ingenio en la conducta que en los discursos. No tenia en los negocios la habilidad que distingue frecuentemente á los Italianos ; pero le agradaba pensar, y no temia el trabajo de la meditacion : los dichosos habitantes del mediodía suelen negarse á este trabajo, y presumen adivinarlo todo por medio de la imaginacion, como su fecunda tierra da frutos sin cultivo, ayudada solamente del favor del cielo.

CAPITULO III

Corina se levantó luego que el príncipe de Castel-Forte cesó de hablar : dióle gracias con una inclinacion de cabeza tan noble y tan agraciada, que hacia conocer juntamente la modestia y la complacencia muy natural de haber sido loada segun su corazon. Era estilo que el poeta coronado en el Capitolio improvisase, ó recitase una composicion en verso, ántes de que le pusiesen en la frente los laureles que le destinaban. Corina hizo traer su lira, instrumento de su eleccion, muy parecido al arpa ; pero mas antiguo en cuanto á la forma, y mas sencillo en sus sonidos : al templarle, la sobrecogió un gran sentimiento de timidez, y preguntó con voz trémula el asunto que le habian señalado. — ¡ *La gloria y la felicidad de Italia!* exclamaron en torno de ella, con voz unánime. — Pues bien, respondió ya fuera de sí, y sostenida por su talento, ¡ *La gloria y la felicidad de Italia!* y sintiéndose animada del amor de su patria, comenzó á hablar en versos llenos de gracia, de que la prosa no puede dar sino imperfecta idea.

CANTO IMPROVISADO DE CORINA

« ¡ Italia, imperio del sol ; Italia, señora del